

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

AÑO IV

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cotina (antigua local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 1.º DE JULIO DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1

Fuera, trimestre. 3

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

NÚM 666



EL EXCMO. SEÑOR

Don Antonio Pascual del Riquelme

Y PALAVICINO,

MARQUÉS DE BENIEL Y DE SALINAS DEL RIO PISUERGA,

Caballerizo de Campo de S. M.

Ha fallecido esta mañana á las 9 de la misma.

después de recibir los auxilios espirituales y la Bendición Apostólica de S. S.

R. I. P.

Su viuda la Excm. Sra. Doña Rosa Bustos y Riquelme, Marquesa de Salinas del Rio Pisuerga y de Beniel, sus hermanos los Excmos. Marqueses de Peñacerrada y los del Rioflorido, tios, primos, sobrinos y demás parientes;

SUPPLICAN á sus amigos le dediquen una oración y concurran á su entierro que se verificará mañana á las once de la misma, desde la parroquia de San Nicolás á la Puerta de Orihuela.

Murcia 1.º de Julio de 1902.

Casa mortuoria: San Nicolás, 24.

NO SE REPARTEN ESQUELAS

DE ACTUALIDAD

Cruz para Galdós

¿Qué ocurre con la concesión de la gran cruz de Alfonso XII, al ilustre novelista D. Benito Pérez Galdós? Será cierto como algunos periódicos suponen, entre ellos «El Correo», que ha encontrado en altas regiones resistencia, la plausible iniciativa del ministro de Instrucción pública, en honor del autor preclaro de los «Episodios Nacionales»?

Si así fuera, sería muy de lamentar y constituiría un síntoma tristísimo ese regateo de un homenaje oficial, rendido á quien por tantos y tan excelsos títulos es acreedor á la admiración y al reconocimiento de la patria.

Si la cruz de Alfonso XII, se ha creado para recompensar el mérito insignificante de aquellos españoles cuya personalidad se destaca con vigoroso relieve, nunca mejor aplicada que para premiar el indiscutible mérito del gran novelador, gloria legítima de España y de la literatura contemporánea.

Si dicha cruz honraba á Galdós, no menos honraba ésta á la cruz, obstentándola en su pecho.

Será cierto que el hecho de ser Pérez Galdós el autor de «Electra», obra que tanto contribuyó al movimiento de protesta contra el clericalismo, es el pretexto en que se escudan los que pretenden regatearle ese honor?

Esto sería absurdamente ilógico: porque mucho antes de ser Galdós el autor de «Electra», era como con gran oportunidad se ha recordado, el autor de «Doña Perfecta», hermosa novela en que la intolerancia religiosa aparece retratada con los caracteres más sombríos y con las tintas más siniestras.

Y después, mucho después de haber escrito «Doña Perfecta», ha sido secretario de la comisión de Mensaje del Congreso: y la misma pluma que escribió aquella obra contra la intolerancia y el fanatismo, redactó la contestación al discurso de la Corona.

Nos inclinamos á creer que no ha habido tal veto, porque de creer lo contrario, sería fuerza reconocer en Pantoja una influencia extraordinaria, dentro del régimen liberal y democrático en que vivimos.

Pero con cruz ó sin cruz, que nada añadiría en último caso á la gloria de Galdós, este seguirá siendo el novelista insigne, gloria de su nación, y el autor de un soberbio monumento levantado á la grandeza y al heroísmo de los españoles en las páginas inmortales de sus «Episodios».

PLUMAZOS

Trata de blancas

En el Consejo de Ministros celebrado anoche, se aprobó un decreto de Gracia y Justicia encaminado á repre-

mir la trata de blancas. A este efecto se crea un patronato, presidido por S. M. la Reina.

Sin conocer los detalles de dicha disposición, el pensamiento nos parece nobilísimo. Abolida ya por la civilización y el progreso la trata de negros, es necesario evitar á toda costa todo infame comercio de carne humana.

Pero la trata de blancas entre nosotros, se realiza de diferentes modos, y contra todos precisa dirigirse esa represión: el decreto resultará incompleto, si solo abarca un aspecto de ese comercio criminal y abominable.

Por espíritu de justicia, y aun más por espíritu de humanidad, hay que defender la débil carne de la mujer contra tantas asechanzas del lucro y del vicio: al hacerlo así el poder público, habrá realizado una obra grata á los ojos de Dios y á los ojos de los hombres honrados.

INSTANTANEAS

LAS DELICIAS DEL SPORT

Anteayer á un viajero que á Alicante iba á ver la corrida en tren expreso le dió dos ó tres tortas un muy bárbaro empleado soberbio.

Todo fué porque dijo el que viajaba en vista de que estaba el coche lleno; —Aquí no cabe nadie, es un abuso, que pongan el completo.

Y el empleado entonces, molestado por aquel que reclama su derecho, quiso dar sus razones á guantadas...

y se quedó tan fresco. Todos los que viajaban protestaron en vista del brutal razonamiento; pero no lo arrastraron, que era cosa que hubiera estado al pelo.

Así la Compañía se acredita, así se ganan cuartos ¡ya lo creí! pero es porque en España hace gran falta eso que no tenemos.

En otra parte al ver los engañados que los echaban cual melones dentro de un coche sin limpiar de mercancías, ya sé qué hubieran hecho.

Lynchear al empleado por imbécil, romper dos ó tres coches por lo menos y á ser posible en la estación primera al tren pegarle fuego.

Ya que se les consienten los abusos que en el Riff no admitieran los rifeños, que el público se encargue de enseñarles á respetar por fuerza sus derechos.

Pues también á la vez que esto ocurría nuestro tierno Pichón por esos pueblos dió varios espectáculos sublimes de descarrilamientos.

Cuentan varios amigos que á mi villa marcharon á asistir en un entierro que estuvieron muy cerca de quedarse á gusto con el muerto.

Pero, vamos á ver, ¿por qué no cesan de funcionar los carruajitos esos? ¿Quién tolera desde hace varios meses que nos tomen el pelo?

La autoridad se debe echar encima y decirle á Pichón que se hace el suco, que cumpla lo que tiene prometido ó que lleve el Purgatorio á los infiernos.

Románticas muchachas, novelescas, ya teneis el problema descubierto; no tomeis ya disolución de fósforos, porque eso está muy feo.

Jóvenes calaveras que á la vida le conservais algún resentimiento por algunos amores contrariados ó falta de dinero;

¿quereis morir? Viajad en una baja que la gran Compañía suele hacernos, y tomad un Purrey á Alcantarilla. (Se suplican los Santos Sacramentos).

Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

Angelitos al cielo

Compadézcase, señor, de este pobrecito niño... Y el niño de aquella pobre movía realmente á compasión y á cariño.

Era rubio, pero de un rubio ideal, dorado, finísimo; color de oro antiguo. Y debía ser muy blanco el angelito, porque la tal blancura pugnaba por exteriorizarse, á despecho del forzoso abandono en la «toilette» del mendiguiño.

Venían todas las mañanas á colocarse al pie de los balcones del chaflán de una elegante casa.

Y allí los encontraba yo cotidianamente, cuando iba á la oficina.

La madre, mujer de bastante edad, pero mucho más avejada por los sufrimientos y privaciones, extendía un trocito de estera junto á los sillares de la fachada, y sentándose ella sobre las baldosas de la acera, colocaba al pequeño encima de aquel menguado abrigo.

Y se ponía á hacer calceta.

Y repetía al paso de cada transeunte su melancólica súplica.

—Una limosna por amor de Dios. Compadézcanse de ese pobrecito niño...

Un día, entre los muchos en que la dí limosna para su hijo, para el lindo y revoltoso rubete que jugaba en el arroyo como pudiera hacerlo en su palacio el hijo de un monarca, la interrogué.

Si os contara lo que me refirió, la historia sería demasiado triste, y demasiado «cruda».

Aquel niño era el único que le quedaba de los ocho que habían alegrado su existencia, cuando en medio de la modestia de la vida obrera, tuvo casa y marido, y alegrías y esperanzas. ¡El único!

Y por un extraño movimiento operado en el organismo de aquella mujer, cuando lo perdió todo, cuando tuvo que pedir limosna, ella que había acatado la voluntad divina con ejemplar resignación, no fué dueña de dominar la envidia y el odio que le inspiraban los niños de los demás, y sobre todo, los niños ricos.

Rico era el que vivía precisamente en el entresuelo de la rotunda, al pie de cuyos balcones venía á implorar la caridad pública la desdichada mujer. Y porque era rico, ni lo miraba siquiera cuando el cariñosísimo niño abriendo los cristales, le daba dinero y pan y juguetes á su hijo.

Y porque era rico, rehúsó con mal sana é inverosímil soberbia, el ingreso en un asilo donde la brindaron los padres del niño del entresuelo.

Su rubete, carecía de todo: estaba enfermo; se le moría como «los otros» el día menos pensado, y en cambio e- de arriba.

—Esos no se mueren nunca, pensaba. Comen bien, duermen calientes, tienen cien médicos que les asistan; no, no se mueren nunca.

Y ocurrió que una tarde —era el primero de Noviembre— el niño del entresuelo salió á paseo en coche, como todos los días, con su mamá y con su hermana.

Cuando volvieron, más temprano que de costumbre, la mendiga observó que el niño rico venía muy colorado, y que acusando alguna dificultad en los movimientos, fué preciso que entre la madre, el lacayo y el portero, le ayudaran á bajar del carruaje.

Al día siguiente, no se abrieron los balcones de la rotunda hasta después de las doce, y en vez de asomar la cabeza de negros rizos del adorable inquilino, salieron de la habitación gritos ahogados y una penetrante olor á flores.

La mendiga no pudo reprimir su curiosidad, y poniéndose en pie, y empuñándose, miró.

Allí estaba el niño rico, muerto en doce horas, por una repentina y horriporosa congestión meningea. Y allí en su cuarto (que era el de esos balcones) los últimos juguetes traídos á casa á deshora de «aquella noche» para «buscar» una sonrisa en los labios ya crispados, y flores, muchas flores, flores por todas partes; sobre el trajecito blanco, las más hermosas.

La pobre sintió un gran estremecimiento; levantó en brazos á su «rubete», y diciéndole: mira, se ha muerto ese niño que te daba tantas cosas, «tu amiguito», rompió á llorar amargamente.

—También se mueren los niños ricos! —debí pensar.

Y enseguida, cogiendo al moceta de la mano, emprendió una peregrinación vertiginosa por Madrid; pidió limosna á todo el mundo; la pidió hasta con formas destempladas. Y cuando hubo reunido varias monedas, se fué á la puerta de una iglesia, compró un ramo de flores, entró en el templo, rezó y se encaminó corriendo á la casita elegante, en la que continuaban abiertos los balcones de la rotunda.

Desde la calle, agarrándose á los hierros del balcón, llamó á la señorita que velaba el cadáver, le dió las flores, y la dijo:

—Señora, por Dios; yo he sido muy mala para estos pobres padres. Dígalos usted que no me desprecien ese recuerdo y en cuanto lo dispongan, me iré al asilo con mi hijo...

Enrique Sepúlveda

Liquidación

de todos los géneros á favor de los veraneantes.

ANTONIO GARRO